

Juan 20:19-23

Sermón ordenación de Guillermo Carrera Pascua 1 2011

Cuando llegó la noche de aquel mismo día, el primero de la semana, estando las puertas cerradas en el lugar donde los discípulos estaban reunidos por miedo de los judíos, llegó Jesús y, puesto en medio, les dijo: —¡Paz a vosotros! Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Y los discípulos se regocijaron viendo al Señor. Entonces Jesús les dijo otra vez: —¡Paz a vosotros! Como me envió el Padre, así también yo os envío. Y al decir esto, sopló y les dijo: —Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les serán perdonados, y a quienes se los retengáis, les serán retenidos. ” (Juan 20.19–23)

La escena del texto es dramática. Diez discípulos, la noche de la Pascua, están reunidos en un cuarto cerrado con llave, temerosos de lo que podrían todavía hacerles los enemigos que habían crucificado a Jesús. Y de repente, Jesús mismo está presente entre ellos. La escena esta mañana tal vez no sea tan dramática, pero también es un día importante para nuestra congregación, para Guillermo, nuestro pastor, y para nuestro sínodo peruano, la ordenación de Guillermo como pastor de la congregación Martín Lutero. Aunque Guillermo ya tiene algún tiempo funcionando como nuestro pastor y un profesor en el seminario del Sínodo Evangélico Luterano del Perú, siempre conviene que escuchemos lo que el Señor nos indica es lo esencial para nuestro ministerio y lo que la congregación debe esperar de su pastor. Lo que nos relata el texto de esta mañana acerca del Cristo resucitado y sus discípulos nos puede orientar al respecto. Así que, meditemos en el tema de hoy: **Enviados como Cristo.**

Cuando Jesús dramáticamente apareció a sus discípulos en la noche de la Pascua, les saludó: “Paz a vosotros”. Es el saludo común en hebreo. Y la paz de que habla es más que sólo la ausencia de conflicto y enemigos. Es un término para el más amplio bienestar, físico y espiritual. Para entender la intención de Jesús al usar la expresión aquí, hay que recordar quién está hablando. Es el mismo que tres días antes había pronunciado las benditas palabras: “Consumado es”. Con esto Cristo declaró que el propósito de su venida había sido logrado, que los pecados que Jehová había cargado en él estaban expiados, perdonados, que todo lo que era necesario para la salvación de los hombres pecadores se había cumplido, que la enemistad entre Dios y el

hombre pecador se había acabado. Así cuando este Señor resucitado declara a sus discípulos: “Paz a vosotros”, tiene un significado más profundo que lo que siempre había significado el saludo convencional hebreo. Un comentarista dice: “*Shalom*, [paz], el saludo conocido hebreo, es una idea mucho más amplia que sólo la ausencia de angustia o estrés, que tiende a ser nuestro concepto de paz hoy. En el contexto del Antiguo Testamento, *shalom* básicamente quiere decir “bienestar” en su sentido más pleno. Reúne todas las bendiciones del reino de Dios; *shalom* es la vida en su sentido máximo bajo la mano misericordiosa de Dios. ¡Cuando Jesús lo usa en esa noche de la Pascua, entonces, representó la primera verdadera transmisión verdaderamente auténtica de *shalom* o paz en la historia del mundo! Precisamente porque él ha producido la realización del reino de Dios con su muerte y resurrección, ahora y sólo ahora la paz es una bendición realizable. Así su *shalom* en la tarde de la Pascua es el complemento de su ‘Consumado es’ en la cruz, porque la paz de la reconciliación y la vida de Dios ahora se imparte. Así que *shalom*, paz, es supremamente el saludo de la Pascua. No es de extrañar que, junto con la “gracia”, se incluye en el saludo de cada epístola de Pablo en el Nuevo Testamento.”¹

Luego Jesús les muestra sus manos y su costado para que puedan ver las heridas que le hicieron al crucificarlo, y así asegurarles que realmente era él, ya resucitado de entre los muertos y triunfante sobre la muerte, el pecado y el infierno. En realidad Cristo había logrado todo lo que el Padre le había enviado para hacer. Había logrado la reconciliación del mundo de los pecadores con Dios. Había sido en realidad el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Ya no había por qué quedar con el temor que había mantenido a los discípulos tras las puertas cerradas con llave. Cristo, su querido Señor, ya había sido glorificado y en realidad estaría con ellos en dondequiera que estuvieran como el poderoso vencedor.

Y ahora Cristo repite el solemne y consolador saludo: “Entonces Jesús les dijo otra vez: —¡Paz a vosotros!”. Y luego agrega algo sorprendente. “Como me envió el Padre, así también yo os envío”. Dios había enviado a su Hijo para lograr la paz para los

¹ Milne, B. (1993). *The message of John: Here is your king!: With study guide*. The Bible speaks today (297). Leicester, England; Downers Grove, Ill.: Inter-Varsity Press.

hombres. Ahora Cristo incluye a sus discípulos como transmisores también de esa paz. A un mundo separado de Dios por su pecado e incredulidad, deberían proclamar el mensaje de la paz que Cristo había establecido entre Dios y la humanidad con su muerte en la cruz en pago por los pecados de todos los seres humanos. Cristo mismo había anunciado a pecadores durante su ministerio en la tierra: “Ten ánimo hijo, tus pecados te son perdonados”. Ahora seguiría anunciando esto como algo plenamente logrado, pero a través de sus discípulos, sus creyentes.

Para asegurar a sus seguidores que tendrían el poder de anunciar esta paz, de proclamar el evangelio del perdón de los pecados, “sopló y les dijo: —Recibid el Espíritu Santo”. Como Dios una vez sopló en la nariz del hombre en el paraíso para que entrara el espíritu de vida en el hombre, Jesús aquí sopla sobre sus discípulos y les asegura que reciben el Espíritu que es la fuente de toda vida y fuerza espiritual. El Espíritu de Dios es a la vez el Espíritu de Cristo, y al dotar a sus discípulos del Espíritu Santo les da el poder para llevar a cabo su misión de ser los portadores de la paz a un mundo sin paz. Sólo el Espíritu Santo crea la fe por la cual las personas reciben la paz. Para ser mensajeros de paz, los hombres deben ser personas que han recibido ellos mismos el Espíritu Santo, o sea, deben ser creyentes, puesto que nadie puede llamar a Jesús Señor sino por el Espíritu Santo. Este don pertenece a toda la congregación cristiana, de modo que todo cristiano debe ser un mensajero de paz, autorizado para hablar con otros que no lo conocen la palabra de Cristo. Pero Dios es también un Dios de orden, de modo que los que públicamente proclaman este mensaje de paz dentro de la congregación cristiana son llamados para esto. Es el llamamiento que tienes tú, Guillermo, un bendito llamamiento de compartir con los de la congregación y otros que aún no son miembros de la congregación la paz con Dios, la palabra de reconciliación, el único verdadero mensaje de consuelo, el perdón de los pecados. Debes saber que estás llamado por Dios a esta posición y a este encargo. Lutero dice: “Este ministerio permanecerá y no debe ser reemplazado por otro. Pero los que ocupan este ministerio no permanecen; se mueren. Esto requiere un suministro siempre nuevo de predicadores, lo cual requiere el empleo de ciertos medios. Este ministerio vino directamente de Cristo: pero luego Cristo dejó esta tierra. Ahora fue instituido un nuevo medio de enviar, que obra por medio del hombre pero no es del hombre. Fuimos enviados según este método; de acuerdo

a él, elegimos y enviamos a otros, y los instalamos en su ministerio para predicar y administrar los sacramentos. Esta clase de envío también es de Dios y mandado por él. Aunque Dios recurre a nuestra ayuda y a la agencia humana, es él mismo que envía obreros a la viña.

“Por tanto, todo el que predica debe reconocer que ha sido enviado; no debe atreverse a entrometerse en el oficio furtivamente y sin autorización. Se debe hacer abiertamente. El envío sucede por medio del hombre, por ejemplo, cuando una ciudad, un príncipe o una congregación llama a alguien al oficio. Pero al mismo tiempo esta persona es enviada por Dios.”²

Ésta es la esencia de tu ministerio, Guillermo, consolar a los pecadores con el mensaje de la paz de Dios, el mensaje del perdón de los pecados. Administrar fielmente los medios de gracia. Y en tu papel como instructor en el seminario, de participar también en enviar a todavía otros fieles obreros a la viña del Señor. Para esto Dios te ha enviado. Te ha dado el único mensaje de verdadero consuelo que existe en el mundo. Cuando seas fiel en eso, puedes confiar en la presencia de Cristo y el poder del Espíritu Santo.

Pero todavía falta considerar las últimas palabras de nuestro texto. Cristo dice: “A quienes perdonéis los pecados, les serán perdonados, y a quienes se los retengáis, les serán retenidos”. Esencialmente estas palabras nos dicen a nosotros los miembros de la congregación lo que podemos esperar de nuestro pastor. Cuando nos habla con el mensaje de la ley para quebrantar nuestro duro corazón y llevarnos al arrepentimiento, y luego cuando nos comunica a nosotros los pecadores perdidos y condenados la paz de Dios, el perdón de Cristo, no debemos solamente rechazar lo primero, pensando que es sólo una opinión personal del predicador, ni dudar de lo segundo, pensando que puesto que es sólo un hombre puede estar equivocado y nuestros pecados no son realmente perdonados. No, Cristo aquí nos asegura que cuando los ministros nos hablan conforme a su mandato y voluntad que él ha revelado en la Sagrada Escritura, escuchamos no sólo a un hombre, sino al Señor Cristo mismo hablando a través de él. Como dice Lutero en el Catecismo: “Cuando los ministros debidamente llamados de Cristo, por su mandato divino, tratan con nosotros, especialmente cuando excluyen a los pecadores manifiestos e

² De Sermones sobre el Evangelio de San Juan, Am Ed. Vol 22, p. 482.

impenitentes de la congregación cristiana, y cuando absuelven a los que se arrepienten de sus pecados y prometen enmendarse, —creo que esto es tan válido y cierto, también en el cielo, como si nuestro Señor Jesucristo mismo tratase con nosotros”. Puede ser un hombre que nos anuncia el perdón, que nos da la absolución, pero no lo hace por cuenta propia, sino en el nombre y por mandato de Cristo, y Cristo mismo ratifica y respalda ese mensaje en el cielo.

Al mismo tiempo, cuando la predicación de la palabra de Cristo encuentra oposición e incredulidad, cuando los hombres rehúsan dejar sus pecados sino insisten en quedar en ellos, el predicador por mandato de Cristo tiene que retener los pecados de tal persona, decirle que por su incredulidad y falta de arrepentimiento está rechazando la gracia de Cristo que lo redimió y que la culpa de sus pecados queda sobre él. Y de hecho quedan sobre él, y si persiste en esa falta de arrepentimiento tendrá que pagar su culpa él mismo en la eternidad en el infierno.

Martín Chemnitz nos recuerda qué gran bendición es cuando una congregación cristiana tiene a un fiel pastor que cumple fielmente los deberes de su oficio en conformidad con el mandato de Cristo. Nos dice: “Es sumamente consolador que realmente podemos concluir que cuando escuchamos la palabra de Dios de la boca del ministro, el Hijo de Dios mismo está con nosotros, habla a nosotros, y es eficaz por medio de esa palabra. Porque de esto depende lo que declara Cristo: “A quienes perdonéis los pecados, les serán perdonados”, y “Todo lo que desates en la tierra, será desatado en el cielo”. Pero esta dignidad, reverencia, obediencia y eficacia del ministerio depende de esto, que trae y expone la palabra de Dios”.³

Así, Guillermo, seas un fiel ministro de la palabra, trae y expone la palabra de Dios, incansablemente llamando a los pecadores al arrepentimiento, y asegurando a los pecadores arrepentidos la paz y el perdón de Dios. Así serás realmente un fiel ministro de Jesucristo y una bendición a tu congregación y a tu iglesia en general. Qué Dios te bendiga en esta mañana y durante todo tu ministerio. Amén.

³ Martin Chemnitz. Examination of the Council of Trent, Vol. I, p. 631.